

LA ORACIÓN QUE DIOS ESCUCHA

Existen dos formas de estar ante otra persona -amiga o desconocida-: la de aquel que se considera superior al resto y nunca reconoce sus errores o carencias, que mira y actúa con desprecio, se compara desde la apariencia y juzga las actitudes de los demás; y la del que reconoce sus debilidades, sabe de sus limitaciones, no pretende avasallar, ofrece con sencillez su modo de pensar y hacer, y tiende la mano al otro. El primero encarna la presunción y, a menudo, también la hipocresía; el segundo la humildad y, siempre, la verdad. Uno, con el tiempo, acaba mal, porque suele terminar sólo, odiado, y temido; el otro será estimado, buscado y querido.

Igualmente, ante Dios, existen las dos mismas formas de estar, y con nitidez las presenta Jesús en el evangelio de esta semana: son el fariseo y el publicano. **El fariseo** es autosuficiente, se basta y se sobra -se justifica a sí mismo-, no necesita “quien le eche flores”, necesita ocupar los primeros lugares y ser alabado, considerado y halagado... **El publicano** se presenta con las manos vacías y los ojos al suelo, ha conocido su pecado y es consciente de su indignidad para suplicar a Dios, no pretende grandezas sino que sólo pide clemencia y perdón... El primero exige a Dios la recompensa de su “buen hacer” y cree haberse ganado la salvación: experimentará la reprobación, el abandono a su suerte y la soledad. El segundo “lo espera todo” de Dios: experimentará la misericordia y el consuelo y *“bajará a su casa justificado”*. La diferencia está en que éste es justificado por la misericordia gratuita de Dios, y la vive y refleja ante sus hermanos los hombres; el fariseo, en cambio, cree justificarse con sus obras, y eso se refleja en el orgullo y en los juicios de condena que produce.

“¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás..., ni como ése...”. *“¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador...”*. No son sólo palabras o formas externas; son actitudes que identifican a la persona. Dios mira siempre el corazón del hombre, no le interesan las palabras -y me atrevo a decir que ni siquiera los hechos-, porque sabe que somos barro y nos equivocaremos, nos conoce y sabe de nuestras carencias, sabe que la tentación es siempre mayor que nuestros deseos de agradarle y hacer el bien. **Y es que la oración sólo puede ser humilde; brota automática, como chispa entre dos polos: la inmensidad de Dios y la finitud del hombre.**

Por eso, los pobres, los afligidos, los humillados, los marginados... siempre son escuchados por Dios. **Los pobres encuentran siempre lugar en el corazón de Dios.** Porque **Dios nunca desoye al que le suplica desde la humildad.**

¿Cómo es nuestra oración ante Dios? ¿Entendemos ahora por qué tantas veces sentimos cómo nuestra oración no es escuchada? Ya nos dirá San Pablo que *“no tenéis porque no pedís; pedís y no recibís, porque pedís mal”*. Necesitamos el Espíritu Santo. Sin él nuestra oración es vacía, interesada, palabrería de charlatán. Con el Espíritu Santo nuestra oración es confiada, convencida, verdadera.

Y, de paso, oremos hoy, **Día del DOMUND**, por los misioneros, la avanzadilla de la evangelización. **“Seréis mis testigos”** es el lema de este año. Ellos escucharon de Dios la misma invitación que Abraham -*“Sal de tu tierra”*- y se pusieron en camino.

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM